

*Noche de las delicias mudas y negativas
de que gozan los muertos, vivos como fantasmas,
abrochando en la sombra su carnal vestidura
marchita de enflorar la fiesta meridiana.*

*Noche, noche infinita, rincón de los olvidos,
perdón de penitentes que nunca hicieron nada
más que cargar a solas el pesado madero
sobre la ligereza cautiva de sus alas...*

*Te espero día a día,
para esconder mis horas en la paz de tu lápida,
cuando las ondas vivas su vibración aquietan
bajo la fuerza ignota de atávicos nirvanas.*

*Y en invisibles soplos
del numen secular su inspiración levanta
del fondo de los tiempos para siempre extinguido
aunque la rueda cósmica traiga sus añoranzas.*

*Yo no sé lo que dice tu boca abierta y muda,
al que doró su tienda con oro de esperanza,
pero yo sé que sabes, con amorosa ciencia,
tenderte suavemente sobre el alma causada.*

*Tu voz dice en silencio tu eternidad futura;
la rúbrica del "Fin" está en tu oscura mancha,
aunque a besarte vengan en sus carros sonoros
con sus aureolas rubias las doncellas del alba.*

*Todavía los mundos
relucen en la bóveda de tu urna sagrada,
un viejo tesorero se ha dormido en los tiempos
y ha olvidado en tu fondo sus últimas alhajas.*

*Dale a los beneditos que todavía sueñan
tus áureas lentejuelas y tu hostia de plata,
y a mí, que te deseo inextinguible y única,
dame la eternidad de tu silencio, ¡oh Hermana!*

MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA.

LA CORONA DE JESÚS

Página inédita, leída por María Eugenia Vaz Ferreira en el Instituto Verdi, con motivo de la Coronación de la Imagen del Sagrado Corazón de Jesús de la Iglesia de las Salesas, y que gentiles manos femeninas proporcionan para este número de homenaje.

"No me he sentido nunca tan indigna de una cosa como de esta misión que se me ha confiado, ya que yo, imperfecta y deficiente como toda obra humana, debo mezclarme en ella al más sublime y venerable de los acontecimientos, repitiendo una vez más, lo que ya resonó por sí mismo en todos los ámbitos de la tierra, cuando la voz de Dios habló por los labios de su Hijo, enseñando a los hombres y a las cosas que éste era el Rey del Mundo.

Coronar a Jesús, no es, pues, una misión difícil, porque sea necesario enaltecerle, sino porque uno desearía que todo aquello que en cualquier forma le conerniera, fuera excelso y sin mácula.

Afortunadamente, al tratarse de Aquél, para cuya coronación no habrían manos suficientemente puras ni palabras bastante divinas, trátase asimismo de Aquél cuya misericordia infinita, da vida a la esperanza, aliento al buen deseo y a la osadía perdón.

Afortunadamente, la corona de Cristo, con ser la más augusta, no es símbolo de orgullo, sino de ternura y caridad; con ser la más triunfal, no es en Él atributo de soberbia, sino de tolerancia y beatitud; y luce en ella la más modesta gema.